

nerable á los indios; por lo menos en estas circunstancias buscó su amistad el príncipe de Zempoala, gefe de una nacion muy célebre en aquellos contornos. Dejó Cortés el cuidado de justificar su conducta en España á sus futuros sucesos, pero hizo inmediatamente alianza con esta importante nacion, limítrofe y grande enemiga de los mexicanos, de los cuales sufría frecuentes insultos. Tales fueron los primeros auxiliares que procuró adquirir; y apenas hubo ganado su amistad, quemó sus buques para poner á sus soldados en la necesidad de vencer ó morir.

No habia logrado, sin embargo, atraer á los de Zempoala al cristianismo. Todo lo que pudo ganar al principio sobre sus ánimos, despues de haber destruido un idolo, al cual acababan de sacrificar un hombre, fué hacerles conocer, como á los habitantes de Cozumel, que se insultaba impunemente á sus frágiles divinidades, y que los cristianos eran mas poderosos que los dioses de la India, pues disponian sin peligro y á su arbitrio de su suerte. Contentóse por entonces con escitar en ellos las luces de la razon y preparar el camino á las operaciones de la gracia, removiendo los obstáculos que debilitaban sus impresiones. En lugar del idolo destruido se erigió un altar, y se colocó en él una imágen de la Virgen, despues de haber purificado el templo, en el cual se esmeraron particularmente en borrar las manchas de sangre humana que miraban los idólatras como los mas santos adornos. No se debe pasar aquí en silencio la resolucion piadosa y magnánima de un soldado encanecido en la milicia, llamado Juan de Torres, natural de Córdoba. Habiéndose inhabilitado para las marchas forzadas y demas trabajos de una expedicion tan penosa, se ofreció á quedar solo en medio de los de Zempoala, nacion medio sometida, para consagrar en ella su vejez á promover el

culto de la santa imágen que allí quedaba y el respeto del lugar santo en que estaba espuesta: accion digna igualmente de un héroe y de un cristiano, pues que en ella resplandece no menos intrepidez que religion (1).

El espíritu de fé habia pasado del general á todo su ejército, y muchas veces los dos misioneros que le acompañaban creyeron deber oponerse al ardor demasiado impetuoso de su celo. Asi, pues, el P. Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, impidió derribar los idolos de Tlascala, como lo habian practicado con los de Zempoala (2). A mas de la imprudencia que era proceder asi en esta poderosa y altiva república, representó que la violencia no era menos contraria al Evangelio que á la prudencia: que podria muy bien esterminar los idolos de los templos, mas no arrancarlos de los corazones: que el establecimiento del Evangelio era obra de la persuasion, de la dulzura y de la paciencia; y que para hacer cesar el error era un medio muy malo hacer odiosa la verdad. Siguiéronse estas sábias máximas en Tlascala, y la série de sucesos nos va á manifestar sus felices resultados, pues á la alianza con esta república debieron principalmente los españoles la conquista de Méjico.

Los tlascaltecas belicosos y muy celosos de su libertad, y sobre todo de no caer bajo el dominio de los mejicanos, eran mas respetables por su carácter lleno de energía que por la estension del país que habitaban, el cual apenas tenia mas de cincuenta leguas en circuito: país montuoso y de difícil entrada, cubierto de fortalezas construidas sobre la cima de las montañas y con valles fertilísimos; tan sano y poblado, que tenian continuamente en pie un ejército de

(1) Sol. l. 2, c. 12.

(2) Ib. l. 3, c. 3.

cuarenta mil hombres. En caso de necesidad podian juntar un número mucho mas considerable por medio de las alianzas que habian contraido con la mayor parte de sus vecinos, en perjuicio de los mismos emperadores de Méjico, de cuya obediencia habian separado provincias y naciones enteras. Habia mucho tiempo que estaban en guerra continua con estos déspotas formidables, y se hallaban entonces en el mas alto grado de su poder, porque la tiranía de Motezuma, que reinaba en aquel imperio, aumentaba de dia en dia el número de tráfugas y de sus confederados.

Instruido Cortés del estado floreciente de aquella república por los de Zempoala, sus aliados, no omitió medio alguno para entrar igualmente en confederacion con ella; pero esta potencia aristocrática y desconfiada era muy celosa de su libertad para que accediese á semejante designio. Sin dar una respuesta precisa á los mensajeros de Zempoala, que le enviaron y que retuvo con pretestos especiosos, mandó salir su milicia compuesta de cuarenta mil hombres, encargándola secretamente que combatiere con los españoles; proponiase negar esta providencia si dicha tropa era batida por estos extranjeros, á quienes miraban á lo menos como hombres extraordinarios; y si alcanzaban victoria, parecia poco difícil reconciliarse con los zempoalas que los acompañaban en calidad de auxiliares. En el espacio de algunos dias se dieron hasta dos batallas campales, hallándose en la segunda el ejército de Tlascala con una fuerza de diez mil hombres mas que en la primera; pero Cortés supo sacar partido de sus aliados, y consiguió, no sin grandes esfuerzos de valor y de talento, dos victorias completas. Hízose luego la paz inmediatamente, y fué tanto mas sólida, cuanto estaba cimentada sobre el aprecio del valor, en una nacion que le miraba como la primera de las virtudes. Por

otra parte, Cortés y los suyos se portaron en Tlascala con una prudencia y una moderacion que se estendió hasta moderar su celo, y con una equidad y generosidad que les ganaron todos los corazones. Desde entonces ya no se pensó mas que en penetrar en Méjico.

Cortés habia ya reconocido aquellas cercanías, y conversando en las fronteras con diferentes vasallos del emperador, habia visto que todos murmuraban secretamente, y que los corazones estaban ya sublevados contra Motezuma. «Es un monstruo de orgullo y de ferocidad, decía entre otros á Cortés el príncipe de Quibislan, que no contento con aumentar sus tesoros con nuestras calamidades hace tambien del honor de sus vasallos la materia de su tiranía, nos arrebató nuestras hijas y nuestras mugeres con la violencia mas injuriosa (1), y despues de haberlas hecho servir á sus placeres infames, hace correr su sangre sobre los altares de sus dioses, de los cuales, dice, que él es el mas grande, y se manifiesta el mas cruel.» Pero el temor sofocaba las quejas en secreto, y los desgraciados, que solo podian desahogar su pecho en los lugares mas ocultos, temblaban de que el eco de sus gemidos, resonando en las bóvedas, llegase á descubrirlos. Mientras que el cacique conferenciaba con Cortés, vinieron á decirle que seis comisarios de Motezuma, encargados del cobro de los tributos, se habian presentado repentinamente en los pueblos vecinos y que solo distaban algunos pasos. Perdió el color al momento, y sin acabar de proferir la palabra que habia comenzado, se alejó precipitadamente, sin detenerse á dar la razon que le obligaba á ello. Nada le valió esta circunspeccion servil: los ministros de la opresion le citaron, junto con los demas caciques comarcanos, les acriminaron el haber reci-

(1) Lib. 2, c. 9.

bido en su distrito unos extranjeros sospechosos, y en castigo les pidieron veinte de sus vasallos, además de los que de ordinario suministraban, para ser inmolados á los dioses en expiacion de su imprudencia.

Cortés era muy hábil para que dejase de aprovecharse de estas vejaciones insupportables, así como del odio general que escitaban. Hizo llamar segunda vez á los caciques, y les dijo que no temiesen cosa alguna: que miraba como una injuria hecha á su persona la orden bárbara que les habían intimado: que había ya cesado el tiempo de ejercer semejantes tiranías, especialmente á su vista y en un pueblo que solo era culpable por haberle manifestado benevolencia. Para alentar su valor, tomó la resolución atrevida de prender y aprisionar á los comisarios de Motezuma. Tratólos no obstante con mucha humanidad, dándoles á entender que el objeto de apoderarse de sus personas no era otro que el de sustraerlos de los atentados de los descontentos; y en fin, los puso en libertad después de haberlos convencido tan eficazmente de que le eran deudores de sus días, que le pidieron una escolta para conducirlos hasta que estuviesen fuera de aquellas tierras donde habían creído que peligraba su vida. Hizo luego valer este buen oficio para con Motezuma, pidiéndole con instancia el permiso de presentarse á él en calidad de embajador del príncipe más poderoso del Oriente. El honor de recibir esta embajada, que encarecía Cortés infinitamente, no lisongeo de modo alguno á Motezuma, quien hizo lo posible para evitarla, sin atreverse, no obstante, á emplear abiertamente la fuerza contra estos extranjeros temibles. Habíase esparcido entre los mejicanos estremadamente supersticiosos una infinidad de oráculos y de predicciones que anunciaban la llegada de unas tropas invencibles, venidas de los climas donde nace la aurora, y que si se

las irritaba acarrearía esto la ruina del imperio. Esto ató las manos á Motezuma; le privó de consejo y de valor, é hizo en cierto modo posibles á los españoles sus prodigiosos triunfos en los cuales no podemos sin embargo desconocer aquella impresion extraordinaria que el Motor supremo da á las causas segundas cuando quiere mudar la suerte de los imperios. Este príncipe, abandonado al terror y á la superstición, no tuvo ya otros recursos que los de las almas débiles, las esplicaciones y los rodeos, la multitud de embajadas, las negociaciones prolongadas, el atractivo de los regalos, los artificios y estratajemas, en una palabra, todos los arbitrios de una política cobarde, en la que no hay más que pasos inciertos y vacilantes sin objeto y sin consecuencia. Si la fuerza del talento constituye la de los imperios, un Estado regido por semejantes manos debía naturalmente caer en las de Cortés, fuese cual fuese la desproporción entre los medios de la defensa y los del ataque.

Abierto, en fin, el camino de Méjico por la perseverancia del español, partió éste de Tlascala, después de haber hecho colocar una grande cruz sobre una altura, recomendándola con instancia á los magistrados: predicacion muda que derramó insensiblemente la semilla del Evangelio en aquella tierra salvaje, donde al cabo de cuatro años produjo abundantes frutos. Los historiadores de aquel tiempo aseguran que el cielo mismo veló por el honor del instrumento de nuestra salvacion; y que durante aquellos cuatro años se observó constantemente de día y de noche una nube brillante situada perpendicularmente en forma de columna sobre aquella cruz. Si puede ponerse en duda este prodigio, es á lo menos incontestable que aquella cruz, no solo subsistió durante todo aquel tiempo, sino que los indios, aun los más distinguidos, no cesaron de venerarla,

arrodillándose delante de ella (como lo habían visto hacer á los españoles cuando iban allí á orar) con perjuicio de sus templos, los que fueron infinitamente menos frecuentados que antes. Juzgaban que no podían hacer otra cosa mejor que imitar á aquellos huéspedes extraordinarios, que creían inspirados del cielo cuyos enviados se decían.

Cuando se puso en marcha el ejército español, le siguió una gran multitud de tlascaltecas y de sus varios aliados, reunidos por las órdenes del senado para socorrer á sus amigos, y algunos autores aseguran que su número llegaba á cien mil hombres. Lisongeados sin duda Cortés de una amistad tan generosa, les manifestó, no obstante, que entrando en Méjico como embajador, no le convenia presentarse en aquella corte con fuerzas tan grandes, y así se quedó solamente con algunos destacamentos escogidos con sus gefes. Estos consistían, según la relacion del mismo Cortés, en seis mil hombres, que redujo después á algunos centenares cuando estuvo cerca de la ciudad de Méjico (1); pero todos los demás quedaron de reserva para marchar á su socorro en caso de necesidad. En Cholula, ciudad mejicana, la primera que le recibió dentro de sus muros y que contaba veinte mil familias, se complació de ver reunidos todavía bajo su estandarte los seis mil valientes tlascaltecas. Después de haber sido introducido en ella con regocijos y honores extraordinarios, descubrió una conjuracion tan bien tramada por las órdenes de Motezuma, que hubiera sido insuficiente todo su valor, á no verse apoyado por el de sus generosos auxiliares. Después de haber castigado esta traicion, que fingió atribuir solamente á los habitantes de la ciudad, continuó su ruta; y para no hacer de un traidor tímido y reservado un enemigo furioso, aparentó hacia

la persona de Motezuma tanta más confianza, cuanto menos motivos tenía de tenerla. Frustrando por último diferentes celadas que continuaron poniéndole en el resto del camino, llegó con los españoles á la vista de Méjico.

Esta ciudad está situada en medio de una vasta llanura, rodeada de altas montañas, de donde se precipitan una infinidad de arroyos que forman en el valle diferentes lagos ó estanques, y en lo más bajo del terreno dos lagos principales rodeados y entrecortados con más de cincuenta poblaciones grandes, de las cuales muchas equivalían á ciudades distinguidas (1). Tezcucó, donde llegaron primero los españoles, al oriente del gran lago, tenía, según algunos autores de esta nacion, una estension dos veces mayor que Sevilla. Ictapalapa, un poco más adelante hacia el Mediodía del lago, contaba también diez mil casas de dos y tres pisos. Este pequeño mar podía tener unas treinta leguas de circuito, y los dos lagos que le formaban, el uno de agua dulce y el otro de salada, estaban separados por un buen dique construido de mampostería, á fin de que no viniesen á confundirse, pues sacaban del uno agua muy sana para beber, y del otro una sal excelente que enriquecía al país. En medio del lago de agua dulce, bajo la zona tórrida, aunque templada por el poco calor del sol y el soplo de un céfiro continuo, se elevaba la gran ciudad de Méjico, la cual por la multitud de sus palacios, la altura de sus torres y de sus edificios públicos, anunciaba su imperio sobre tantas otras ciudades colocadas al rededor como para tributarla homenaje. Contábanse en ella setenta mil familias, por la mayor parte muy numerosas por la multitud de mugeres extraordinariamente fecundas en aquella region. Comprendía dos cuarteles principales, y como

(1) Sol. l. 3, c. 5.
B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

(1) Sol. l. 3, c. 3.

dos ciudades, el uno habitado por el comun del pueblo con el nombre particular de Tlateluco, y el otro llamado propiamente Méjico, donde residian la córte y la nobleza. Entrábase á la ciudad por tres calzadas solamente, construidas en medio de las aguas con inmenso gasto, y cortadas de trecho en trecho por puentes levadizos; la primera, de dos leguas de largo hácia la parte del Mediodia, por donde los españoles hicieron su entrada; la segunda, al Norte, de una legua; y la tercera, poco mas corta, al Occidente. En esta especie de prision fué donde el magnánimo Cortés no vaciló encerrarse con cuatrocientos cincuenta españoles y seiscientos indios; pero su misma temeridad heroica fué el recurso mas útil á sus designios, por cuanto no permitió que se creyese que un héroe semejante era solo hombre.

El mejicano, reverenciado como el mas poderoso de los dioses, le prodigó los honores que no rendia á sus divinidades domésticas. No contento con haber mandado salir á su encuentro los grandes mas distinguidos y los principes de su misma sangre, sali en persona á bastante distancia de la ciudad acompañado de toda su córte, en la que se hallaban hasta mil y doscientos nobles, marchando en dos líneas, descalzos, con los ojos bajos, y en un silencio tan respetuoso como si asistiesen á una fiesta de Religion. Bajó él mismo de su litera, y dió algunos pasos hácia Cortés, quien habia saltado del caballo al acercarse y caminaba á su encuentro. El español se inclinó profundamente, y el emperador bajó la mano hasta la tierra llevándola luego sobre sus lábios: señal de honor inaudita de parte de aquellos principes, y particularmente de Motezuma, para quien el orgullo era la primera de las virtudes, y que apenas inclinaba la cabeza delante de sus idolos. Esta primera acogida realzó prodigiosamente la idea que los indios habian concebido ya de los españoles. En el

mismo dia Motezuma pasó á visitar á Cortés en uno de los palacios imperiales que le habia dado para su alojamiento, á donde tuvo encargo de conducirle el primer príncipe de la sangre. Este edificio era una especie de fuerte ó castillo, bastante capaz de contener todo el ejército español, construido de piedras talladas y flanqueado de torres que podian hacerle una plaza de armas. El primer cuidado de Cortés fué el de reconocer todas sus partes, distribuir sus guardias, montar sus cañones, y ponerse en estado de sostener un sitio en caso de necesidad.

En la primera visita que le hizo Motezuma, el héroe cristiano, despues de haberle dado gracias por un favor tan singular, nada tuvo por tan interesante como el de hacer brillar á sus ojos los primeros rayos de la verdad. Dijole que venia á su corte como embajador del príncipe mas poderoso de la tierra: «Príncipe, prosiguió (1), tan generoso como poderoso, que solo se complace en señalar su poder con sus beneficios. Si quiere abrir el comercio y formar una estrecha alianza entre las dos monarquías, es con el fin de haceros participante de sus bienes, y del mas precioso de todos, que es la verdad. Él os declara por mi boca, á vos y á todos vuestros vasallos, que vivis en el error mas funesto, adorando á dioses insensibles, obra de vuestras manos y de vuestra imaginacion. No hay mas que un Dios verdadero, principio eterno de todas las cosas. Su poder infinito es quien formó de la nada los cielos que giran á nuestra vista, la tierra que nos sostiene, y el primer hombre de quien todos procedemos; y tienen igual obligacion el mejicano y el español, el monarca y el vasallo, de adorar á este primer Autor de nuestro sér, Lajo la pena de ser precipitados en hogueras eternas, de las cuales vuestros volcanes los mas horribles no son

(1) Sol. l. 3, c. 11.

mas que una débil imagen. Y el espectáculo encantador de la naturaleza, la voz de la razon, el sentimiento de la conciencia, ¿no os han dicho antes que nosotros lo que el gran monarca de Oriente, movido á compasion por vuestra infelicidad é infortunio, me encarga repetiros como lo que mas le interesa? Ved lo que os propone como el medio mas eficaz para establecer una amistad duradera y una confederacion sólida entre las dos coronas. Los corazones no se unen perfectamente cuando los ánimos están separados, y no puede subsistir union entre los ánimos á menos que la Religion forme sus lazos.»

Estas palabras hallaron poca acogida en el espíritu del mejicano. Respondió brevemente que todos los dioses eran buenos, y que el de los cristianos podia ser todo lo que ellos decian sin perjudicar á los suyos. Y volviendo la hoja, «descansad al presente, le dijo; estais en vuestra casa, sereis tratado con todos los respetos debidos á vuestro valor y á la dignidad del príncipe que os envia.» Como habia recibido de ellos á su arribo algunas cosillas de cristal y esmalte y otras bagatelas de Europa, miradas en Méjico como maravillas inestimables, y temia sobre todo dejarse vencer en liberalidad, les dió por su parte regalos magníficos de oro y joyas: despues de lo cual se retiró á su palacio.

Al dia siguiente pidió el embajador su audiencia solemne, y la obtuvo tan prontamente, que le fué llevada la respuesta por los maestros de ceremonias encargados de introducirle en aquella misma hora. Halló en el camino muchos objetos dignos de admiracion, al recorrer una ciudad que hacia un contraste tan notable con las habitaciones de los salvajes que rodeaban aquel imperio. Además de la grandeza de los edificios públicos, vió con admiracion las casas de los nobles; es decir, la mayor parte de

aquella capital, todas de piedra, agradables á la vista y de construccion sólida. Las del pueblo eran menos capaces, menos elevadas y de una altura desigual; pero unas y otras, ó estaban colocadas en linea recta, ó á lo menos formaban calles muy transitables, y de trecho en trecho bellas y grandes plazas. En muchos sitios en lugar de calles habia canales sacados del lago, dejando en las orillas terraplenes para el tránsito de las gentes. Estos canales estaban cubiertos de una infinidad de bareas y de gondolas, en número que se dice ascendia á cincuenta mil. Pero lo que arrebató á los españoles fuera de sí, fué el primer aspecto del palacio imperial, edificio cuya altura parece fabulosa, en una nacion que no tenia el uso de nuestras máquinas, y de una estension tan prodigiosa, que se entraba á él por treinta puertas correspondientes á otras tantas calles. La fachada principal que ocupaba el frente de una plaza inmensa, era toda de diferentes jaspes, rojos, negros y blancos, mezclados con gusto, muy bien labrados y adornados de escultura. Coronaba la puerta principal un grifo, teniendo un tigre en sus garras, y estas eran las armas del imperio (1).

Despues de haber atravesado una hilera casi infinita de salas y de salones brillantes de oro, colgados con telas de algodón y de pelo de conejo, las únicas que se conocieron en Méjico, ó de tegidos de plumas de una finura inimitable y de una viveza de colores todavia mas maravillosa, bajo de unos techos de cedro, de ciprés y otras maderas odoríferas, Cortés, junto con los principales oficiales de su comitiva, fué presentado al emperador. Volvió otra vez al artículo de la Religion, ó á lo menos de la ley natural, sostenida de la fé y tan débil sin ella; y esta segunda exhortacion no fué ab-

(1) Sol. l. 3, c. 11.